

apropiaron quanto hallaron de bueno y sólido en los autores gentiles para combatir contra el gentilismo, y hacer triunfar la religion verdadera.

Mi intento en traducir á Young ha sido el mismo. Me he lisonjeado de que separando de sus obras los errores que por incidencia mezcla, las importantes verdades que en ellas se proponen, con el colorido mas sublime y agradable de la Poesía, y por un autor que desconociendo la autoridad de la Iglesia solo cede á la fuerza de la razon, harán muchísimo efecto en todos los lectores; y que dando al público esta traduccion limpia de errores, no carecerá la nacion de unas obras de tanto mérito, y se impedirá que se introduzcan clandestinamente para satisfacer su curiosidad otras versiones hechas sin esta precaucion.

QUARTA NOCHE.

DEDICADA Á LA DUQUESA DE P. D.

NARCISA.

De entre los sueños vanos en que ha errado,
 Confuso el pensamiento,
 Del laberinto obscura y enredado
 De la imaginacion, á la luz pura
 De la razon despierto nuevamente!
 ; El mundo todo está sin movimiento!
 ; La noche lo confunde y desfigura!
 El cielo me ha dexado únicamente
 La luz de la razon para guiarme,
 Y entre tales tinieblas no extraviarme.
 Ya en este instante, inquieto se apresura
 El fino amante de esperanzas lleno,
 A cumplir con la cita señalada.
 Yo aun mas exácto, á la hora destinada,
 Acudo sin tardar donde me espera
 El cruel dolor en que angustiado peno.
 ; A esta hora cada noche nos juntamos
 Mis pesares y yo, y con lastimera

Concordia al alto cielo suspiramos !*
 ; O tú, luna apacible,
 Deidad de todo corazón sensible,
 Que á esta hora silenciosa,
 En que el mundo reposa,
 Sobre esa multitud resplandeciente
 De estrellas, reynas sola y sosegada !
 Dexa el trono de plata refulgente
 Suspendido en los ayres, y apiadada,
 Baxa á inspirarme en este humilde suelo
 Acentos dignos de llegar al cielo.
 ; Bella hermana del sol, que la pomposa
 Marcha de las esferas
 En su ausencia gobiernas y moderas !
 ; Tú oyes la melodiosa
 Cadencia de sus varios movimientos ;

* Rival de Endimion, dirijo mis obsequios á la hermana del día, y me encantan sus miradas llenas de dulzura. Mi Musa es la primera que ha implorado su asistencia. ; Y por qué no ha de ser Cintia la Diosa de los Poetas ! ; Quién podrá dudar de las ventajas que resultarían de esta revolucion en el mundo poético ! ! O vosotros, favoritos de las Musas, dirigid durante el silencio de la noche vuestros ardientes suspiros á la esfera de la luna, sin permitir que el ambicioso Apolo, no contento con gobernar el día, usurpe los derechos de su hermana, que no necesita de él para inspiraros acentos inmortales.

Los mortales, por mas que esten atentos
 No pueden percibirla á tal distancia ;
 Dígnate enviarme un sueño favorable,
 Que traslade á mi oído
 Su celestial sonido,
 Para que con su dulce concordancia,
 Suavice de mi Musa lamentable
 El ronco canto, el mísero quejido !
 Siento ya en este punto
 Que tu amable tristeza
 Penetra y enternece el alma mía.
 Sin duda te interesas en mi asunto :
 Es natural, pues canto la funesta
 Pérdida de una mísera belleza,
 Que totalmente á tí se parecia
 En lo tierna y modesta.
 ; Triste de mí ! Narcisa, hija querida,
 Aun juzgo ver tu pálido semblante,
 Y oír que con la voz desfallecida,
 “ ; Ay de mí ! dices : se acabó el brillante
 Día para mis ojos en su aurora !
 ; Ya es noche para mí ! Se han sepultado
 Mi juventud, mis dulces esperanzas
 Para siempre en la sima tenebrosa
 Y eterna que jamás la luz colora.”
 ; Nunca, ; infeliz de mí ! tan enlutado
 Me dexáron las crueles asechanzas
 De la muerte ! ; Jamas tan horrorosa

Nube cubrió mi corazon herido,
 Aun quando ví á Filandro fenecido!
 ¡O de desgracias mísera cadena!
 Jamas vemos venir sola una pena;
 Siguen siempre en tropel apresuradas,
 Del infeliz las huellas desdichadas.
 De mi Filandro el túmulo reciente,
 Aun sin cerrar estaba, quando aprisa
 Baxaba al suyo la infeliz Narcisa.
 Miéntras que yo lloraba amargamente
 Del amigo la pérdida sensible,
 Falta mi hija querida, y el terrible
 Golpe renueva todo mi quebranto.
 Viene, ¡ay de mí! á usurpar el tierno llanto
 Que al mísero Filandro era debido,
 Y á ofuscar su memoria en el olvido.
 Los golpes repetidos y violentos
 De la muerte confunden mis lamentos,
 Y siembran la discordia entre mis males.
 No sabe mi dolor incierto, á quales
 Ha de acudir primero.
 ¡Amigo malogrado! hija querida!
 Mi triste corazon haceis pedazos!
 ¡Con qué, ¡ó caro Filandro! tu sentida
 Pérdida fué el agüero
 De otra pérdida cruel, y el golpe fiero
 Que te arrancó de mis amantes brazos,
 De otro golpe á mi pecho amenazaba!

¡Con que, quando á mi vista la insaciable
 Muerte tus yertos miembros devoraba,
 Qual buytre carnicero,
 Con su siniestro vuelo señalaba
 Otra víctima mas de su implacable
 Furor? ¡O cruel, en el verdor primero
 De la temprana edad, quando se abria
 De Narcisa amorosa
 El tierno corazon qual bella rosa
 A la felicidad y á la alegría,
 El hilo de la vida la cortáste,
 Y su dicha con ella sepultáste!
 ¡Su dicha?—¡Acaso se halla en este suelo?
 ¡Es un fruto ¡ay de mí! que cria el cielo,
 Mas nunca en este yermo se presenta,
 De los mortales á la boca hambrienta!
 ¡Quál brillaba, Narcisa, tu belleza!
 ¡Quánta era tu dulzura!
 Del corazon sencillo la pureza,
 Aumentaba las gracias y hermosura
 De tu brillante juventud. Nadaba
 Tu alma en un mar tranquilo de alegría.
 A tu felicidad nada faltaba;
 La virtud, la fortuna
 Te colmaban de dones á porfía,
 ¡Y qué necesitabas sino es una
 Vida, en que disfrutarlos con sosiego?
 Mas sirvió solo tu envidiable suerte

Para ser ántes vista por la muerte :
 La cruel reparó en tí ; te arrojó luego
 De la cima elevada
 De la felicidad, precipitada.
 Así de mortal plomo cae herido,
 De la alta copa de un nogal frondoso,
 El cantor de las selvas melodioso,
 Y da fin triste, con mortal gemido,
 A la dulce cancion que comenzaba :
 Un silencio espantoso
 Reyna en el bosque que ántes hechizaba.
 ; Tal, Narcisa, tu muerte me ha dexado
 En soledad profunda sepultado !
 ; Ya no gozaré mas la deliciosa
 Voz que mi corazon enternecia !
 En mis oidos resuenan todavía,
 Los últimos acentos
 De su boca agraciada y cariñosa :
 Siento aun los dulces estremecimientos,
 Que causaban en mi alma embelesada,
 Los gratos ecos de la voz amada :
 Pero han mudado de naturaleza :
 Lánguida los escolta la tristeza,
 De todos los deleytes homicida.
 ; Quisiera yo olvidarte hija querida !
 Voz hechicera, juventud, belleza,
 Virtud, corazon tierno y amoroso—
 ; Acaso al alma mas favorecida

Puede dar mas el cielo !—Este precioso
 Tesoro mi Narcisa poseia :
 Todo mi bien en ella consistia :
 ; Yo, ; ay triste ! por el padre mas dichoso
 En aquel feliz tiempo me tenia !
 ; Título vano, resplandor brillante,
 Que me ocultaba el espantoso abismo,
 Donde iba á sumergirme en el instante !
 ; Misera ceguedad ! mi gozo mismo
 A la muerte dió en rostro—La inhumana
 Hizo seña al gusano que royese
 Al punto aquella rosa tan lozana,
 Y sus vitales sucos destruyese !
 Apénas floreció se vió picada,
 Y ántes de marchitarse deshojada.
 Acabó en un momento—; Qué engañosos
 Son los escasos bienes de esta vida !
 Si un instante de gozo nos franquean,
 Nos quitan presurosos
 De la sedienta boca la bebida ;
 Quando apénas probamos su dulzura,
 Y en pago del momento que recrean,
 Lo restante del tiempo, de amargura
 Derraman sobre el hombre inmensos mares.
 ; O cuánto mas abundan los pesares,
 Y cuánto mas tormento
 Nos causan, que los gustos alegría !
 ; Cuánto mas sentimiento,

De padre el tierno nombre, hoy me acarrea,
 Que complacencia me causó algun dia!
 ; Quál te he visto, hija mia, y en qué estado!
 Como tierno arbolito, que hermosa
 Los campos en la alegre primavera,
 De pimpollos y flores coronado,
 Que cediendo al impulso repetido
 De una tormenta fiera,
 Queda desarraigado,
 Y en la tierra tendido,
 Mas aun de sus matices revestido;
 Así á Narcisa ví quando acababa,
 Que aun en los brazos mismos de la muerte
 Su natural belleza conservaba.
 ; Quántos lamentos me costó su suerte!
 ; Qué raudales de lágrimas corriéron
 De mis ojos! Amor, piedad, ternura,
 Mi corazon á un tiempo deshiciéron.
 Nunca la quise mas. La llama pura
 De mi amor nunca ardió con mas violencia,
 Que al tiempo de perderla.
 ; Quánta fué de mi llanto la amargura!
 ; Qué austero sabio, hinchado de su ciencia,
 Encontrará razon de reprehenderla
 Y no excusará, blando, mis suspiros?—
 ; Dirigid ; ó mortales! vuestros tiros,
 Contra aquella alma dura y orgullosa,
 Que tiene por flaqueza vergonzosa

La dulce compasion, y el justo llanto!
 Las lágrimas al hombre no envilecen.
 ; A quién con mas razon le pertenecen,
 Que á un ser sensible, á un tiempo y desgraciado?
 El mas fiero dolor, con suave encanto,
 Suspenden por un rato, y la severa
 Razon no las condena, aunque modera
 Su curso quando ya es desarreglado.
 ; Vosotros que sabeis por experiencia,
 Lo que es perder una hija tan preciosa,
 Compadeced mi suerte lastimosa!
 Apénas conocí la decadencia
 Del brillo de sus ojos y affigido,
 Noté la languidez con que miraba
 Los objetos mas bellos y agradables,
 Que el mundo á sus sentidos presentaba;
 Apénas reparé que el encendido
 Carmin de sus mexillas se apagaba,
 Y que envuelta entre sombras formidables,
 La muerte á toda prisa la embestia;
 ; Mi paternal ternura qué no haria,
 Para hacer vano el espantoso agujero?
 La arranqué entre mis brazos al momento
 Del pais que la habia dado nacimiento,
 Donde el aquilon fiero
 La amortecia con su soplo helado,
 Y la llevé á otro clima mas templado
 Y mas cercano al sol; pero el sol mismo,

Cuyo influxo creí la mejorase,
 Como si su belleza la envidiase,
 El socorro negó tan suspirado,
 De su benigna influencia,
 Y la vió en el extremo parasismo,
 Con tanta indiferencia,
 Como ve marchitarse entre las flores
 Del lirio y la azucena los colores.
 ¡ Lirios hermosos, blancas azucenas;
 Bello pueblo florido,
 Que embalsamais el campo que os da asiento,
 Y os manteneis de néctar y ambrosía,
 Humedeciendo alegres vuestras venas,
 Con el dulce rocío recogido,
 Miétras dura la noche, y con el viento
 Fresco y suave que precede al día;
 Y vosotras, ó rosas encarnadas,
 Que bebeis los lucientes
 Rayos del sol, y sois mas agraciadas
 Que todas las bellezas, exceptuando
 La que hace de mis ojos dos corrientes;
 ¡ Quántas veces porfiasteis, ostentando
 Toda vuestra hermosura,
 Porque sus blancas manos os cogiesen,
 Y en el hermoso pecho os distinguiesen!
 ¡ Con qué gusto exhalabais,
 Para que los gozase aquella pura
 Inocente belleza,

Los aromas que os dió naturaleza!
 ¡ Amables fugitivas, que adornabais
 Su mansion!—Para el hombre producidas,
 Sencillas le alegrais los enojosos
 Tiempos de su existencia pasagera,
 Y como en breve acaba su carrera,
 Tambien acabais pronto vuestras vidas;
 ¡ Mas no experimentais las dolorosos
 Continuados pesares, la sangrienta
 Pena que al hombre mísero atormenta!
 ¡ Tal es del hombre la funesta suerte!
 Solo al impulso fuerte
 De sus pasiones, goza un turbulento
 Breve deleyte, cuyo objeto vano
 Se ha de desvanecer tarde ó temprano,
 Y ha de causarle bárbaro tormento.
 ¡ Tarde dixé! se ausenta mas ligero
 Que el viento, todo objeto lisonjero.
 ¡ Y quánto mas dolor en la mudanza
 Siente el que está hecho siempre á la bonanza!
 ¡ Temerario mortal, detén la mano,
 No arranques ese fruto apetecido
 Del deleyte; obedece al soberano
 Decreto del Señor, que lo ha prohibido
 De este mundo á los tristes moradores!
 A solo los del cielo es permitido.
 Quisieras ¡ ó Lorenzo! á cada instante
 Gozar en esta tierra los sabores

Preciosos del deleyte y la alegría :
 Desengaño bastante
 Te presenta mi suerte desgraciada.
 Aprende á ser juicioso á costa mia.
 Quando estés de tu dicha mas seguro,
 Sentirás ;ó infeliz! el hierro duro
 Del cruel dolor, su vengadora espada
 En las entrañas miseras clavada.
 Su punta, en todos tiempo homicida,
 Con nuestro dulce gozo se ensangrienta :
 Con la herida violenta,
 Aun la misma esperanza da la vida.
 ; Triste memoria, cesa de afligirme!
 ; Huye léjos de mí, pues que no espero
 Que cures mi dolor! ántes mas fiero
 Quando te ve, mis penas despertando,
 Viene con todas ellas é embestirme.
 ; Mas en vano me estoy atormentando
 Por desecharte—Siempre estás presente
 A mis ojos—Narcisa desgraciada!
 ; Como planta reciente,
 Antes de florecer fuiste arrancada!
 Al tiempo que los lazos de himeneo
 Te unian para siempre con tu amante ;
 Quando á ámbos la fortuna sonreia :
 Quando tu tierno corazon abria
 Las puertas al deleyte y al deseo :
 Quando el voto constante

De todos los mortales aclamaba
 Tu suerte venturosa, y la envidiaba :
 ; Entónces, ; triste! tus cenizas cierra
 Pobre sepulero en extranquera tierra !
 ; Al golpe cruel quedé desfallecido !
 Alcé las manos miseras al cielo,
 Al sordo cielo, y con mortal gemido,
 Hechos fuentes los ojos,
 Dí mansion para siempre á tus despojos.
 ; Quál fué mi desconsuelo
 Al tiempo de esta triste despedida !
 ; Quán crudo fué, pues no acabó mi vida !
 ; O tierra con mis lágrimas regada :
 Tierra fatal, de mí nunca olvidada,
 Pues contiene el único tesoro,
 Cuya pérdida amarga siempre lloro !
 ; Tus habitantes mismos no pudiéron,
 Aunque desapiadados,
 Dexar de acompañar mi triste llanto !
 Ya que no consoláron mi quebranto
 En vida, á su pesar se enternecieron
 De la fiera tragedia lastimados,
 Y alguna escasa lágrima vertieron.
 ; Lágrimas inhumanas y forzadas
 De unos pechos de mármol arrancadas,
 Que á ellos mismos dexáron sorprendidos !
 ; Y de qué me sirvió aquella tardía
 Maquinal compasion, si endurecidos,

Quando Narcisa enferma vacilaba
 Entre la vida y muerte, y yo imploraba
 Su favor, no hallé en ellos sino fria
 Indiferencia, y todos convenidos,
 Mis súplicas humildes despreciáron,
 Y su auxilio cruelmente me negáron?
 ¡ O bárbara impiedad, aborrecida
 Del Dios benigno que nos dió la vida !
 ¡ Con qué furor, al ver la inconcebible
 Crueldad del hombre, la llorosa frente
 Al cielo alcé, pidiéndole venganza !
 Pedí que castigase duramente
 Aquel pueblo insensible ;
 Que probase el dolor que producía,
 Del gozo á la desdicha la mudanza.
 Con ojos encendidos me volvía
 A la extranjera tierra que pisaba,
 Y aquel suelo inhumano,
 Con los pies irritado maltrataba.
 ¡ Mi enojo no era justo por ventura ?
 El injusto es, aquel que al miserable
 Niega el socorro. Aquella misma mano,
 Que el cielo fabricó con admirable
 Poder en un momento, y de luz pura
 Vistió al sol, y los astros fácilmente,
 Formó con mas cuidado,
 El polvo respetable
 Del hombre, que en el mundo dilatadr.

Es la obra maestra, el ser mas excelente.
 El Criador zeloso
 De su hechura, castiga riguroso
 Al que bárbaro ó necio
 La trata con crueldad ó con desprecio.
 Singularmente ampara al affigido
 Qual tierno padre, y su furor se enciende
 Contra el desconocido,
 Que no le da la mano, ó que le ofende.
 ¡ Qué crueldad tan extraña y tan horrible
 Es esta, en el linage desdichado
 Del hombre, que recibe su existencia
 Del amor, que no tiene subsistencia
 Si no ama, para el qual es imposible
 Llegar á disfrutar ni un limitado
 Deleyte sin amar su semejante !
 ¡ Infeliz ! ; solo vive un breve instante,
 Aun para amarle, y la tirana suerte
 Le hunde en la eterna sima de la muerte !
 No ve en su giro la naturaleza
 Mas raro monstruo, de mayor fiereza,
 Que el hombre que el dolor no compadece
 De otro hombre miserable que padece :
 Pero qué hay que admirarse ;
 Sus mismas cariñosas expresiones
 Suelen servir de velo á sus traiciones.
 Si llega de su próximo á apiadarse,
 De tal manera su soberbia ostentá,

Que siempre el mas pequeño beneficio
 Lleva la triste marca de la afrenta,
 Y se transforma la virtud en vicio.
 Y si aun dando la mano
 Al infeliz ultraja ;quán tirano
 Será quando se venga ! ;quán terrible !
 ;Tiembla, ó luna, de espanto !
 ;Cubre de negro manto
 Esa luz apacible !
 ;Huid astros brillantes !
 ;Ocultad entre sombras los semblantes !
 ;No hay para el hombre azote mas seguro,
 Mas cruel que el hombre ! Algun nublado obscuro
 Anuncia la tormenta venidera :
 La antigua torre en grietas dividida,
 Amenaza con tiempo la caída :
 Antes que rompa por la boca fiera
 El volcan, con horrisonos bramidos,
 Lo avisa á los vecinos no advertidos :
 La tierra ántes de abrirse, devorarnos,
 Lo indica con temblores repetidos :
 El humo manifesta el encubierto
 Fuego devastador para libranos :
 No sucede esto al rayo que despide
 El hombre cruel, que nunca descubierto,
 Truena, brilla y abraza juntamente.
 Su sangriento puñal, oculto mide,
 Y asegura con bárbara malicia,

Antes de herir, la víctima inocente,
 Llegando á nuestra vista descuidada
 Envuelta en sangre la primer noticia.
 ;Será esta narracion exágerada?
 ;Oxalá que lo fuera ! Dios que sabe
 El interior del corazon humano,
 Lo ha zelado, y cubierto en lo que cabe,
 Porque se horrorizaran los vivientes,
 Si sus senos hiciera transparentes.
 ;Crearán acaso que un furor insano
 Guie mi pluma, y de lo justo exceda?
 ;Y qué hombre habrá que pueda,
 Por mas frio ó pacífico que fuere,
 Dexar de acalorarse, quando viere
 Su corazon cruelmente atravesado,
 En la parte mas tierna y mas sensible,
 En un amigo dulcemente amado?
 ;O injusticia visible !
 ;O vergüenza del hombre ! Mi virtuoso
 Filandro tuvo quien le aborreciese :
 Hubo algun envidioso
 Contrario, que le hiciese
 Probar de estas verdades la amargura.
 Yo la sentí con él.—;Ay suerte dura !
 El ya no siente, y yo al fin distraido
 Con otro nuevo cúmulo de penas
 Entregué las antiguas al olvido.
 ;O Narcisa, reciente y cruel herida

De mi corazon triste : tú lo llenas
 De dolor insufrible ! De amargura
 Rebosa, y ningun otro sentimiento
 Encuentra en él cabida :
 Cada memoria tuya ahora me apura
 Con separado y bárbaro tormento.
 ¡ Quántos diversos males se juntáron
 A dar fin á tu vida !*
 Sobre tí tan espesos se arrojáron,
 Como suelen á nubes las langostas
 Impelidas de un viento proceloso,
 Caer del Egipto en las fecundas costas.
 Cada uno de ellos, cada circunstancia,
 Es ya en mi pecho un dardo venenoso,
 Que me hiere, y da fin de mi constancia.
 ¡ Si acaso en la morada del olvido,
 ¡ O Narcisa ! mi voz llega á tu oido,
 Repasa ahora conmigo en la memoria,

* Sobre tu cabeza se ha juntado un enxambre de males mas numeroso, que la nube de langostas que cubrió el pais bañado por el Nilo.

La memoria de la muerte de Narcisa hace retroceder los pensamientos mas alegres de la gozosa juventud, directamente al valle de los muertos, á aquel silencioso valle en que la noche descansando sobre los hados aun imperfectos, los oculta baxo de sus negras alas, y espera el dia terrible que ha de terminar todas las mutaciones, fixando todas las cosas en un estado inalterable.

Los pasos de tu muerte lastimosa,
 Las circunstancias de su amarga historia !
 De cada una la imágen dolorosa,
 Es un áspid cruel que me atormenta,
 Y de mi sangre misma se apacienta.
 ¡ Qué virtud, qué constancia nunca vista,
 A tal furor es dable que resista ?
 ¡ Qué esfuerzo puede hacer este afligido
 Pecho, de tantos males oprimido ?
 Dos torrentes de lágrimas inundan
 Sin cesar mis mexillas,
 De la afliccion marchitas y amarillas :
 Quanta mas reflexiono, mas abundan
 Sus tristes aguas : todo pensamiento
 Las aumenta, y por mas precipitadas,
 Que las haga correr mi sentimiento,
 Jamas quedan sus fuentes agotadas.
 No me consuela el llanto,
 Antes con él se irrita
 Mi dolor, y acrecienta mi quebranto.
 Mi lloro en vano excita
 La tierna compasion de mis amigos,
 De mi dolor testigos :
 Sus lágrimas y mias no es posible
 Que iguallen á mi pérdida terrible.
 A todo el universo, hija querida,
 Haré participar de mi tristeza.
 Haré que toda la naturaleza

Acompañe mi lira condolida.
 Te llorará á pesar de su dureza
 El humano linage :
 En qualquiera region adonde lleve
 La fama voladora
 Tu nombre, del poniente hasta el parage
 Donde nace la aurora,
 Haré que con mis versos se renueve
 Tu memoria borrada,
 En los pechos sensibles,
 De profundo suspiro acompañada.
 Aun el lozano jóven divertido,
 Dexando sus placeres en olvido
 Algun rato, dará señas visibles
 De compasion ; pasando silencioso
 Y pensativo, léjos del ruidoso
 Concurso á recorrer la amarga historia
 De tus hados fatales,
 Y á llorar tiernamente tu memoria
 Entre los monumentos sepulcrales.

QUINTA NOCHE.

EL REMEDIO CONTRA EL TEMOR DE LA MUERTE.

A TI dirige, ó York, mi osada Musa,
 De sus fúnebres cantos el sonido :
 A su temeridad sirva de excusa,
 Abrigarse en un pecho agradecido.
 Aunque te hallas en medio de las suaves
 Caricias de una próspera fortuna,
 Y de la juventud en los verdes,
 No te disgustan sus acentos graves,
 Ni su triste gemido te importuna.
 ¡ O qué profundamente está arraigado
 El temor de la muerte y sus horrores
 En los pechos de todos los mortales !
 Atended á mis versos con cuidado,
 Que canto su remedio poderoso.
 ¡ Feliz aquel, que huyendo del bullicio
 Del mundo, y sus fatales
 Diversiones, que causan tal perjuicio
 A los demas, prudente y desdeñoso,
 Sus ojos cierra á los objetos vanos,
 Que ocultan la verdad á los humanos,